

## *La controversia sobre Pío XII y el holocausto*

ANTONIO FERNÁNDEZ GARCÍA

Departamento de Historia Contemporánea (UCM)

En 1997 se producía la salida editorial, en su versión francesa, del libro del jesuita Pierre Blet sobre «Pío XII y la II guerra mundial en los Archivos Vaticanos», en el cual se presentaba al Papa como el impulsor de una diplomacia que había tratado de limitar las ondas del holocausto<sup>1</sup>. Blet es el único superviviente de los editores de las Actas y documentos vaticanos publicados entre 1965 y 1981 con el propósito de resolver la controvertida cuestión de las posiciones de la cabeza de la Iglesia Católica durante la segunda guerra mundial, edición que influyó decisivamente en su inclusión en el equipo de teólogos responsables del proceso de beatificación de Pío XII. En octubre de 1999 el libro era presentado con notoria publicidad en la versión italiana; en su comparecencia ante los medios de información el autor sostuvo que si el Papa no condenó el holocausto fue debido a que no se conoció en su escala terrible hasta el final de la contienda. Diametralmente opuesta es la conclusión de otro libro de 1999, el de John Cornwell, Senior Research Fellow en el Jesus College de Cambridge, cuya primera versión en castellano salía en febrero de 2000, con tal éxito editorial que en marzo aparecía la segunda edición<sup>2</sup>. A esta respuesta del público pudo haber contribuido su título escandaloso, «El Papa de Hitler», mas en cualquier caso ha emergido como un libro demoledor, que atribuye el silencio de Pío XII sobre el holocausto a la profesión de un antisemitismo disimulado pero perceptible en la documentación.

---

<sup>1</sup> Blet, Pierre: «Pío XII et la Seconde Guerre Mondiale d'après les Archives du Vatican». París, Perrin, 1997. Al mismo tiempo se publicaba Lacroix-Riz: «Le Vatican, l'Europe et le Reich. De la Première Guerre Mondiale a la Guerre Froide». París, Colin, 1997.

<sup>2</sup> Cornwell, John: «El Papa de Hitler». La verdadera historia de Pío XII. Barcelona, Planeta, 2000.

Se trata, por el momento, al lado de la monografía de Phayer<sup>3</sup>, del año 2000, de las últimas aportaciones a un tema controvertido desde el final de la guerra y el descubrimiento de las dimensiones genocidas de la Shoah. En la publicística sobre el mismo se pueden distinguir dos líneas: la apologética del Pontífice tuvo sus aportaciones más destacadas en las obras de Lepide, Gariboldi y Pierre Blet; la crítica, que encontró sus autores más documentados en Friedländer, Lewy, Katz, Laqueur, Falconi, Papeleaux y Lacroix-Riz<sup>4</sup>, ha culminado en el tremendo alegato de Cornwell, cuya investigación —dice el autor— le condujo a un estado de *schock* moral:

«A mediados de 1997, cuando me aproximaba al fin de mi investigación, me encontraba en un estado que sólo puedo calificar de *shock* moral: el material que había ido reuniendo, que suponía la investigación más amplia de la vida de Pacelli, no conducía a una exoneración sino por el contrario a una acusación aún más grave contra su persona»<sup>5</sup>.

Nos referiremos a algunos puntos de estos estudios, pero el tema ha tenido un repertorio más amplio de enfoques y tratamientos, entre los cuales debemos recordar los trabajos de Nobecourt, Ben Elissar y el importante libro de Chadwick<sup>6</sup>, en una serie que remata, en el momento de elaborar este Debate, en el estudio de Michael Phayer, que extiende en el tiempo las actitudes de antisemitismo enraizadas en la Iglesia Católica hasta los decretos del Concilio Vaticano II.

La documentación sobre el tema es amplísima y de procedencia diversa, lo que nos inclina a creer que existe, en teoría, la posibilidad de una obra académica alejada de posiciones polémicas. El repertorio documental podría resumirse de la siguiente manera:

- documentación germana y nazi, archivada en el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, en particular los informes de los embajadores alemanes<sup>7</sup>, documentación manejada por Friedländer, a la que hay añadir la clasificada en el Archivo Católico de Munich.

<sup>3</sup> Phayer, Michael: «The Catholic Church and the Holocaust. 1930-1965». Indiana University Press, 2000.

<sup>4</sup> *Vid. infra*.

<sup>5</sup> Cornwell, *op. cit.*, p. 10.

<sup>6</sup> Nobecourt, Jacques: «The Catholic Church and Nazi Germany». Nueva York, 1964. Ben Elissar, Elitahu: «La Diplomatie du IIIe. Reich et les Juifs» (1933-1939). París, Julliard, 1969. Chadwick, Owen: «Britain and the Vatican during the Second World War». Oxford, University Press, 1988.

<sup>7</sup> Son de gran interés los informes y notas, bastante críticos con la política exterior de Hitler, de Ernst Von Weizsäcker, enviado como representante ante el Vaticano precisamente para situarlo en un puesto marginal de la política diaria germana.

- documentación judía, de la que se sirvió preferentemente Pinchas E. Lapide, perteneciente a los archivos Yad Vashem, Zionist Central y el Histórico de Jerusalén.
- documentación diplomática de los países occidentales, en la que destaca por su importancia la británica del Public Record Office y la francesa del Quai d'Orsay, bases de la monografía de Chadwick. De gran interés para reconstruir el entramado del juego diplomático son los «Diarios» de Osborne, ministro británico ante la Santa Sede, y su correspondencia con su madre, mistress Bridget Mc Ewan, así como los «Diarios» y notas de su homólogo francés Charles Roux. El estatuto especial del Vaticano hizo posible que diplomáticos de países occidentales permanecieran en Roma durante una guerra en la que Italia figuraba en el bando enemigo, convirtiéndose en testigos de primera fila de la cautelosa diplomacia vaticana. Hay que añadir la documentación de los países ocupados por la Wehrmacht, sobre todo la polaca, y la del estado satélite croata.
- documentación vaticana. Al terminar la guerra, a la reprobación del silencio de la Santa Sede se replicó desde Roma con la edición de un libro blanco, que incluía una breve digesta documental. Cuando se estrenó en 1963 la obra dramática del alemán Rolf Hochhuth: «El Vicario», que lanzaba graves acusaciones contra el Papa, el Vaticano decidió replicar con la publicación de once volúmenes de documentación sobre el periodo de la segunda guerra mundial, editados por Blet, Graham, Martini y Schneider entre 1965 y 1981<sup>8</sup>. Para nuestro tema ofrecen más directo interés el tomo II, que incluye las cartas de Pío XII a los obispos alemanes, y los tomos IX y X, que acreditan gestiones de la Santa Sede en favor de las víctimas de la guerra. Cornwell critica la selección realizada porque omite algunos documentos, con lo cual se difumina la responsabilidad del Pontífice en casos concretos, e incorpora documentación vaticana inédita, incluida en legajos que se encontraban sin abrir, nunca antes consultados, como le informó Pierre Blet.

La documentación vaticana dibuja la imagen más favorable de Pío XII<sup>9</sup>, conmovido por los sufrimientos de la contienda y obsesionado por mantener una posición de neutralidad, en la que participaron activamente monseñor

<sup>8</sup> Blet, P.; Graham, R.; Martini, A. y Schneider, B.: «Actes et documents du Saint Siège relatifs à la Seconde Guerre Mondiale». Ciudad del Vaticano, 1965-1981. 11 vols.

<sup>9</sup> «Le Saint-Siège et la deuxième guerre mondiale, deux éditions de sources», en «Revue d'histoire de la deuxième guerre mondiale», n.º 128 (1982), pp. 71 y ss.

Maglione, Secretario de Estado, y los sustitutos de la Secretaría de Estado Tardini y Montini. Los 511 documentos del tomo V, que abarcan desde julio de 1941, tras la invasión germana de la Unión Soviética, hasta noviembre de 1942, fecha del desembarco aliado en Africa del Norte, tratan el tema de la «cruzada antibolchevique», rotulación de la propaganda nazi para la «operación Barbarroja». Teniendo en cuenta la hostilidad de Pío XII hacia el bolchevismo, podría haberse deslizado en la correspondencia cierta actitud de comprensión hacia la decisión estratégica de Hitler, pero ningún documento acredita esta posición progermana. A pesar de ello Pío XII no titubeó en poner inconvenientes al apoyo de los católicos norteamericanos a una alianza con Rusia, lo que decidió a Roosevelt a enviar a Myron Taylor como legado personal a Roma, a donde llegó el 9 de septiembre de 1941, pocas semanas antes de Pearl Harbour. Taylor consiguió que el Vaticano distinguiera entre el pueblo ruso y el régimen comunista en una declaración pública realizada por monseñor Nicholas de Cincinati. Una petición del barón Kallay, presidente del Consejo húngaro, del 24 de febrero de 1942, rogando al Sumo Pontífice que denunciara como vicario de Cristo la amenaza bolchevique, no fue respondida hasta un año después, el 7 de marzo de 1943, cuando Pío XII declaró personalmente al ministro húngaro Apor que la

«Santa Sede no cerraba los ojos ante el peligro comunista, pero que no podía renovar la condena pública del bolchevismo sin hablar al mismo tiempo de la persecución en curso de los nazis»<sup>10</sup>.

Esta imagen de neutralidad estricta, más clara después de Stalingrado, cuando podía empezar a dudarse de la victoria nazi, se agrieta si se consulta la documentación vaticana inédita, incorporada por Cornwell, mucho más comprometedor para el Pontífice. El autor británico estima que incluso resulta acusatoria parte de la documentación reunida en la causa de la beatificación de Pío XII. Apuntemos sumariamente algunos jalones del debate, para detenernos posteriormente en los estudios más representativos.

Los rumores acusatorios sobre el silencio o la pasividad de Pío XII ante el drama que vivió el pueblo judío durante la II guerra mundial se extendieron en 1945, a cuya refutación respondió la edición de una primera selección documental vaticana encargada a M. Maccarrone en 1947<sup>11</sup>. El tema quedó

<sup>10</sup> «Actes et documents du Saint Siége...», vol. VII, doc. n.º 137.

<sup>11</sup> M. Maccarrone, M.: «Il nationalsocialismo e la Santa Sede». Roma 1947. Los rumores acusatorios contra el Pontífice se iniciaron antes del final de la guerra. Quizás el primero, anterior al conflicto, fue el artículo de Emmanuel Mounier: «En interrogeant les silences de Pío XII», en «Le Voltigeur», 5 de mayo de 1939. Durante la guerra Bernanos publicó varios

dormido hasta la aparición de «Der Stellvertreter» («El Vicario») de Rolf Hochhuth<sup>12</sup> en 1963, obra que se tradujo a veinte idiomas y fue representada en bastantes países. Basada en una documentación insuficiente, la deformación que hace de la figura del Papa Pacelli, considerado uno de las máximas figuras de la Iglesia en este siglo, al menos desde el punto de vista intelectual, provocó algunos rechazos académicos pero también una respuesta popular de curiosidad. Dos consecuencias tuvo el éxito literario de Hochhuth: la edición del libro de Friedländer<sup>13</sup> sobre «Pío XII y el Tercer Reich» (1964), libro apoyado en los informes de los embajadores alemanes, que transparentan la germanofilia del Pontífice, y la publicación de la documentación del Vaticano por decisión de Pablo VI. Los informes de Von Weizsäcker, embajador alemán ante la Santa Sede, analizados por Friedländer, constituían la primera comprobación de que se pidió la intervención de Roma y el Pontífice calló. Al mismo tiempo que el estudio de Friedländer aparecía el de Guenter Lewy<sup>14</sup>, respetuoso con el angustioso dilema del Pontífice, entre una denuncia que podría empeorar la situación de muchos judíos y bastantes católicos o la opción por una diplomacia ambigua. En cualquier caso, concluía reprobatoriamente, «el silencio tiene un límite».

En 1965 irrumpía en el tema Carlo Falconi, con un estudio bastante crítico para el Papa, al que nos referiremos luego, y dos años después aparecía otra apología, la de Pinchas E. Lapide, cónsul israelí en Milán, quien afirmó que Pío XII había hecho más gestiones en defensa de los judíos que cualquier organización humanitaria<sup>15</sup>. En 1969 el norteamericano Robert Katz<sup>16</sup>, a partir de una investigación sobre el crimen de las Fosas Ardeatinas, insinuaba que el silencio cómplice de Pío XII buscaba el respeto de la extraterritorialidad del Vaticano por los ocupantes germanos. Lo que en Katz era insinuación de culpabilidad se convirtió en el estudio de Walter Laqueur<sup>17</sup> en 1980 en acusación abierta. Laqueur interpretaba la actitud de Pío XII como un ejem-

---

artículos acusatorios, recogidos en «Le chemin de la Croix-des-Ames», París, 1948, y Giovanni Papini en «Las cartas del Papa Celestino VI» sustituyó las cartas del Papa real por las de un Papa imaginario.

<sup>12</sup> Hochhuth, Rolf: «El Vicario». Barcelona, Grijalbo, 1977. Uno de los personajes, un sacerdote, Riccardo, se atreve a reconvenir al Papa y se coloca la estrella de David: «Llevaré esta estrella sobre mi sotana tanto tiempo como Vuestra Santidad tarde en maldecir al hombre que asesina a los judíos de toda Europa como si se tratara de bestias rabiosas...» (p. 277).

<sup>13</sup> Friedländer, Saúl: «Pie XII et le IIIe. Reich». París, du Seuil, 1964.

<sup>14</sup> Lewy, Guenter: «The Catholic Church and Nazy Germany». Nueva York, 1964.

<sup>15</sup> *Vid. infra*, notas 24 y 19.

<sup>16</sup> Katz, Robert: «Black Sabbath: A Journey through a Crime against Humanity». Londres, 1969.

<sup>17</sup> Laqueur, W.: «The terrible Secret». An investigation into the suppression of information about Hitler's «Final Solution». Londres, 1980.

plo de pusilanimidad más que de antisemitismo y denunciaba el conocimiento de la Solución Final, negado en los medios eclesiásticos, gracias a los intrincados recursos de la diplomacia vaticana. No menos contundentes resultaron las conclusiones ese mismo año de León Papeleaux, bastante críticas con las posiciones del Sumo Pontífice<sup>18</sup>.

En 1986 la monografía de Owen Chadwick incorporaba nueva documentación y perspectivas para acercarse al tema. En el «estado de la cuestión» que Cornwell incorpora al final de su libro interpreta que Chadwick se identifica con el punto de vista de Francis d'Arcy Osborne, embajador del Reino Unido ante la Santa Sede, quien mostraba su simpatía por el terrible dilema que abrumó a Pío XII. Es más crítica nuestra lectura de este importante trabajo de historia diplomática, punto sobre el que volveremos. En 1988 intervenía en la controversia Giorgio Angelozzi Gariboldi, abogado penalista que había representado a la sobrina de Pacelli en el juicio de injurias promovido contra Robert Katz. Tras la apología de Gariboldi, con un prólogo de Giulio Andreotti que demostraba su sintonía con las posiciones provaticanistas de la Democracia Cristiana italiana, el estudio de la profesora de la Universidad de Toulouse-Le Mirail Annie Lacroix-Riz, que examina la política vaticana desde la primera guerra mundial a la guerra fría, y los enfoques antagónicos de Blet y Cornwell han mostrado que el tema continúa abierto. El último estudio hasta el momento, el de Phayer, reconoce la imposibilidad del Papa para cambiar el curso de la historia, pero distingue diferentes conductas de obispos y de católicos en el tema del holocausto, dejando algunas interrogantes planteadas en torno a las prioridades del Sumo Pontífice en una época sombría.

Con el objetivo de examinar más de cerca los argumentos de las dos líneas, elegimos cuatro de los estudios citados, los de Lapide y Gariboldi, representativos de la apologética, y los de Papeleaux y Falconi, de la crítica.

En la línea de defensa de la posición del Papa el libro de Lapide<sup>19</sup> ofrece la particularidad de haber sido escrito por un diplomático judío que apoyó su investigación en documentación judía. De origen canadiense, el autor figura entre los fundadores del primer kibutz. Su tesis de que Pío XII hizo múltiples gestiones en favor de los judíos en Italia se argumenta con algunas intervenciones, entre ellas protestas por la exclusión de los hebreos de algunas profesiones, el ofrecimiento de un puesto en la Biblioteca vaticana al cartógrafo R. Almagiá cuando perdió su cátedra, la ayuda personal a entre 150 y 200 refugiados de élite y la consecución de pasaportes y dinero para un número de 4.000 a 6.000 judíos con destino a América del Sur, gestiones que

<sup>18</sup> Papeleaux, León: «Les silences de Pío XII». Bruselas, ed. Vokaer, 1980.

<sup>19</sup> Lapide, P. E.: «Rome et les juifs». París, du Seuil, 1967.

se repitieron en Eslovaquia, Hungría, Rumanía, Bulgaria y Grecia. El trabajo de Lapidé demuestra que en el haber del Papa durante la guerra habría que contabilizar gestiones humanitarias, lo que no es negado por ningún autor, pero parece tratarse de gestos esporádicos, no de una política sistemática de ayuda. Se relata el exterminio de Polonia y se afirma que el Papa protestó en vano, pero no se acredita documentalmente más que una queja, realizada por medio del arzobispo de Lvov. Si el capítulo dedicado a Polonia —elemento esencial de la historiografía crítica— nos parece endeble, más sorprendente resulta el silencio absoluto sobre Croacia, a pesar de que esta monografía sea posterior a la de Falconi, que centra su crítica en la inhibición del Papa ante la terrible experiencia de la Croacia ustashi.

La defensa cuasiprocesal que realiza Gariboldi<sup>20</sup> se concentra en describir la maldad de Hitler y el nazismo, pero lo asombroso es que no aparezca tratado el holocausto en ningún momento. Se argumenta que el Concordato que gestionó Pacelli como Secretario de Estado sólo resultó útil para Hitler, mas se deja sin explicar la motivación vaticana para este acuerdo con el mal. El tratamiento del caso polaco resulta significativo. Al producirse la detención masiva de sacerdotes católicos, que podrían galvanizar la resistencia de la población, la protesta de monseñor Orsenigo, Nuncio en Berlín, fue rechazada por el subsecretario de Asuntos Exteriores porque la presentaba a título privado<sup>21</sup>, lo que demuestra, en nuestra opinión, la parálisis de la diplomacia vaticana ante el exterminio sistemático de la católica población polaca. El primado de Polonia, cardenal Hlond, suplicó en vano una toma de posición del Papa (carta a Maglione, 2 de agosto de 1941). Este silencio, una de las claves de la historiografía crítica, es interpretado de forma poco convincente por el autor:

«Pío XII era prisionero de su silencio, pues estaba atormentado por la convicción de que una solemne protesta suya provocaría más reacciones despiadadas por parte de Hitler. Una eventual protesta suya hubiera sido el comienzo de la agonía de tantos rehenes inocentes en manos de los nazis. Pío XII leyó con lágrimas en los ojos la carta del primado de Polonia...»<sup>22</sup>,

recordando que otra protesta había arreciado la persecución en Holanda. Para este autor la angustia ante el temor de provocar un mal mayor sería el motivo del silencio pontificio; sin embargo, teniendo en cuenta la dimensión

<sup>20</sup> Gariboldi, Giorgio Angelozzi: «Pío XII, Hitler y Mussolini». Prólogo de Giulio Andreotti. Barcelona, Acervo, 1988.

<sup>21</sup> *Ibidem*, pp. 151-152.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 158.

genocida que en esas fechas había alcanzado la política nazi en Polonia, resulta increíble que una protesta papal incrementara las represalias nazis. Desde otro punto de vista el libro de Gariboldi es muy valioso, porque incluye en el texto y en los Apéndices importantes documentos.

Autor de una monografía y series de artículos acerca del tema, León Papeleaux<sup>23</sup> merece ser considerado como uno de los más tenaces portavoces de la corriente crítica. Papeleaux sigue detenidamente los esfuerzos de Pío XII en el comienzo de su pontificado para restablecer relaciones normales con el régimen nazi tras el deterioro que habían sufrido con la publicación de la encíclica «*Mit brennender Sorge*». Durante la guerra, en medio de torturantes dudas, el Pontífice entendió que el mayor peligro para Europa no se localizaba en el nazismo sino en el bolchevismo, lo que explica la escasez de citas sobre los campos y la cuestión judía en su correspondencia con los obispos alemanes. Significativo fue el intento de paz sin responsabilidad; en febrero de 1944, cuando ya eran conocidas las atrocidades nazis, pidió una «paz de compromiso que excluya la exigencia de responsabilidades de guerra». En el otoño de ese año se temía el exterminio de miles de reclusos en Auschwitz y otros campos; el Nuncio en Berlín informó de la inutilidad de cualquier tentativa humanitaria y la Secretaría de Estado instruyó a «*L'Osservatore Romano*» que no se hiciera eco del problema para evitar una posible irritación de los nazis que provocara el exterminio de los judíos concentrados, silencio que persistía en enero de 1945, en «respuesta» a las súplicas del Congreso Mundial judío y la Cruz Roja para que intercediera.

Más severa y documentada es la crítica de Carlo Falconi<sup>24</sup>, que se centra, con el manejo de documentación polaca y croata, en los dos casos más incomprensibles del silencio pontificio. Falconi propone tres puntos con tres negaciones<sup>25</sup>: Pío XII no condenó los excesos nazis, no los ignoraba, no reaccionó ante las presiones y súplicas para que hablara. En su primer radiomensaje navideño, en 1939, lamentó los sufrimientos que provocaba la guerra, pero se abstuvo de citar a los responsables de su inicio, y en confidencias posteriores aludió a que la verdadera catástrofe llegaría con la entrada calculada del comunismo en el conflicto, mientras guardaba silencio sobre los delitos extrabélicos, o se limitaba a alusiones muy generales, como en el radiomensaje navideño de 1942, en el cual, tras evocar «los innumerables muertos que yacen sepultados en los campos de batalla», recuerda «a los

---

<sup>23</sup> Papeleaux, *op. cit.*; y el artículo «*Le Vatican et le problème juif*» (1944-1945), en «*Revue d'histoire de la deuxième guerre mondiale*», n.º 124 (octubre de 1981), punto central de una serie de artículos en los números 98, 107 y 115.

<sup>24</sup> Falconi, Carlos: «El silencio de Pío XII». Barcelona, Plaza y Janés, 1970.

<sup>25</sup> *Ibidem*, pp. 36 y ss.



centenares de millares de personas que, sin culpa personal alguna, a veces sólo por razones de nacionalidad o de raza, son destinadas a la muerte o a un progresivo decaimiento». Estas comprimidas frases, colocadas casi al final de un larguísimo texto, y que le parecen suficientes a Gariboldi para demostrar la preocupación del Pontífice, son consideradas por Falconi como «escasas y cautísimas líneas», privadas de continuidad, porque «no se permitió ningún otro desahogo sobre los delitos, más que execrables, del nazismo y de sus aliados»<sup>26</sup>.

El estudio de Falconi resulta especialmente contundente en la 2.<sup>a</sup> parte, consagrada al caso de Polonia. Las cartas de Pacelli al presidente de la República y al primado, cardenal Hlond, demuestran que tenía perfecto conocimiento de la situación, conocimiento completado por el informe detallado de Luciana Frassati a monseñor Montini y al Papa en septiembre de 1943; no obstante el Vaticano guardó silencio, según Falconi de palabras y de hechos, hermético a las peticiones para que hablase y a los artículos suplicantes que se incluían en la prensa clandestina. De otra índole fue el silencio en el caso de Croacia, porque aquí la presión moral se hubiera ejercido sobre un régimen filonazi de filiación católica que persiguió cruelmente a la población serbocroata ortodoxa. El sadismo alcanzó cotas incomparables en un territorio donde las bandas ustashis destruyeron centenares de iglesias greco-ortodoxas y mataron a centenares de millares de fieles de este culto. Entre los verdugos figuraban sacerdotes católicos. Representantes vaticanos minimizaron las denuncias, y monseñor Maglione, el Secretario de Estado, presionó a monseñor Stepinac, el primado croata, para que fuera más complaciente con los ustashis. Este capítulo croata, que ocupa asimismo la atención del libro de Cornwell, apoyado en documentación vaticana que coincide con la croata consultada por Falconi, lleva al autor italiano a una conclusión determinante, si bien expresada con cautela, a la espera de lo que revelaran los Archivos Secretos vaticanos:

*«los documentos de que disponemos permiten formular, aunque de una manera muy cauta, algunas suposiciones que concuerdan en*

---

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 49. El autor condensa su interpretación en el siguiente párrafo: «En resumidas cuentas, ¿por qué no habló Pío XII? Por una serie de razones, que no son, sin duda, las de carácter temperamental o utilitario aducidas por Hochhuth, sino más bien el juicio pesimista que se había hecho de la situación en que debía operar (la falta de preparación psicológica de los católicos, especialmente alemanes); la persuasión de que el comunismo pudiese aprovecharse del debilitamiento del nazismo, sobre todo considerando la ciega confianza puesta en sus jefes por los jefes aliados; pero, especialmente, la preocupación de asegurar a la Iglesia, en toda Europa, la posibilidad de sobrevivir y con energías tales como para poder influir, en la posguerra, de modo determinante, sobre el porvenir del continente y de todo el mundo» (p. 99).

mostrar a Pío XII como un partidario más que benévolo de la Croacia ustashi»<sup>27</sup>.

Entre la benevolencia de abogado defensor de Gariboldi y la severidad contundente de fiscal de Falconi, la monografía de Owen Chadwick señala una tercera vía, hasta cierto punto justificadora o comprensiva ante las dificultades imposibles que hubo de afrontar la diplomacia vaticana pero en modo alguno apoloéticas sobre el comportamiento del Papa. Aunque se trate de un estudio perfectamente documentado, que incorpora los puntos de vista, notas e informes de los diplomáticos occidentales acreditados ante el Vaticano durante la guerra, nos parece que el autor no es consecuente con los testimonios que incluye, porque muchos de ellos conducen a conclusiones más severas hacia el Papa que las excesivamente prudentes con las que cierra la monografía. Veamos varios ejemplos. Charles Roux, representante francés ante el Vaticano, deseaba que el Papa condenara a los culpables de la hecatombe bélica durante el primer invierno de la contienda, en 1940, pero no lo consiguió porque el supremo pastor de la Iglesia no deseaba inmiscuirse en asuntos políticos, aunque permitió que hablaran otros, como el primado polaco Hlond. A pesar de ello Chadwick interpreta que la alusión a Polonia en la «*Summi Pontificatus*» satisfizo a los aliados, ya que la aviación francesa lanzó copias sobre Alemania. Quizás resulte una conclusión excesiva, puesto que en el momento crítico, mayo de 1940, cuando se desencadena la campaña del Oeste con la invasión de Bélgica y Francia, Roux solicita que se condenen los crímenes nazis y monseñor Tardini le replica que Su Santidad ya lo ha hecho. La distinción del diplomático galo ilustra sobre la prudencia extrema del Pontífice, uncido en vueltas de noria en torno a enunciados éticos globales, porque Roux le asegura a Tardini que no es lo mismo mostrar simpatía por las víctimas que condenar los crímenes. Sobre las deportaciones judías en 1942, en el momento en el que se definió la «solución final», el libro refuta irrefutiblemente la tesis del desconocimiento de la situación en el Vaticano<sup>28</sup>. En mayo de 1942 se tuvo noticia de la deportación de 80.000 judíos eslovacos a Polonia, a un destino que equivalía a la muerte. Osborne comenta la impopularidad del Papa, a diferencia de la situación de esperanza que Pacelli había despertado en 1939. A partir del 25 de junio el «*Daily Telegraph*» comenzó a publicar informes sobre el exterminio de judí-

---

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 362. Más contundente es la documentación recogida por Annie Lacroix-Riz, que incluye instrucciones de la Santa Sede al episcopado polaco exhortándole a la colaboración con el ocupante. Lacroix-Riz, A.: «*Le Vatican, L'Europe et le Reich de la Première Guerre mondiale à la guerre froide*». Paris, Colin, 1996, p. 394.

<sup>28</sup> Chadwick, *op. cit.* cap. 9, pp. 198 y ss.

os, que rebasarían el millón; el 10 de julio estimaba en 900.000 los polacos víctimas del genocidio nazi. Osborne entregó al Vaticano la información hemerográfica, no obstante el Secretario de Estado, Maglione, se mantuvo en la tesitura de que el Papa ya había hablado y no era preciso un nuevo pronunciamiento. En septiembre transmitió a Pío XII las noticias sobre el holocausto un embajador neutral, el de Brasil, Accioli. El Papa, asegurándole que creía en la veracidad de su informe, resumió su posición en cuatro puntos: ya ha hablado, no puede ser más claro porque perjudicaría a las víctimas, no puede traspasar la censura de un país en guerra, ayuda en privado a los que sufren. Osborne, según varios documentos recogidos por Chadwick, habla de atrofia moral del Papa, y reitera este juicio cuando llegan a Roma noticias del gueto de Varsovia.

En diciembre del 42 el Papa sale de su mutismo para evitar el bombardeo de Roma. El día 14, en entrevista con Maglione, Osborne anota:

«Yo le urgí que el Vaticano, en vez de pensar exclusivamente en el bombardeo de Roma, debería considerar sus deberes con respecto a un crimen sin precedentes contra la humanidad, la campaña de Hitler de exterminio de los judíos»<sup>29</sup>.

Creemos que citas como ésta, que podríamos multiplicar, no permiten deducir que Osborne aceptara como lógico el silencio pontificio por más que simpatizara con su angustia. El 17 de diciembre Londres, Washington y Moscú firman una declaración sobre la persecución de los judíos; Osborne sugiere que convendría la apoyara el Papa y Maglione responde negativamente argumentando que la Santa Sede no debía mencionar atrocidades en particular sino deplorar la crueldad en general y ayudar a las víctimas. Seguramente Chadwick no se apoya suficientemente en la interesante documentación que cita, mas, a pesar de ello, su estudio insiste, con más respeto que los autores críticos, en el silencio inexplicable del Santo Padre.

Las dos líneas examinadas tienen sus dos últimos exponentes en las obras de Blet y Cornwell. El jesuita Pierre Blet aparece estrechamente ligado a la defensa de la memoria de Pío XII en tanto miembro del equipo de teólogos responsable del proceso de beatificación del papa Pacelli, y es un profundo conocedor de la documentación vaticana en cuanto editor de las Actas y documentos del periodo. Su estudio se centra en las gestiones humanitarias y los esfuerzos del Pontífice en favor de la paz, más que en el tema del holocausto, tema que, lo mismo que en el libro de Gariboldi, da la impresión de esquivarse. Sin espacio para analizar a fondo esta monografía, nos

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 216.

limitamos a señalar que todas las gestiones que se citan se refieren a las vías diplomáticas, pocas veces a las públicas. Es el caso de Polonia. Se acreditan cartas al Nuncio en Berlín, Orsenigo<sup>30</sup>, quien las tramitaba ante Von Ribbentrop, pero entendemos que estas actuaciones secretas no desmontan la acusación del silencio pontificio, porque lo que se suplicaba al Papa era la declaración pública y categórica. El capítulo 8 se consagra al estudio de la deportación de los judíos en Eslovaquia y Croacia. Incluso en un relato apologético como éste la diplomacia pontificia aparece excesivamente timorata. El 9 de septiembre de 1941 las autoridades eslovacas, controladas por los nazis, emitieron el Código antisemita; el 12 de noviembre la Santa Sede remitió una nota de protesta por su contenido, y esperó durante seis meses la respuesta. Más llamativo nos parece el tratamiento de Croacia. Hemos indicado que Gariboldi lo soslayaba; Blet le dedica 3,5 páginas<sup>31</sup> en un texto de 326 a un capítulo que había tratado con tanta contundencia Falconi. ¿Es todo lo que puede replicar el Vaticano a sus críticos? Por otra parte se citan algunas gestiones en favor de los judíos pero no se hace ninguna mención a los ortodoxos serbios, tan cruelmente perseguidos por los católicos. No creemos que con estos planteamientos, de cuasisilencio sobre el holocausto y de caminar de puntillas por los temas más vidriosos, los abogados defensores de Pío XII puedan desmontar los argumentos de la historiografía crítica.

Varias razones nos aconsejan detenernos en la aportación de la monografía de John Cornwell, por cuanto culmina la línea crítica, tiene en cuenta todos los estudios de diferente signo anteriores, incorpora documentación vaticana inédita y ha alcanzado un eco de amplio radio en la opinión pública, rebasando las fronteras de los cenáculos académicos en los que se había recluido el debate.

Tras un recorrido minucioso por la biografía de Pacelli, el autor llega al momento clave en que como Secretario de Estado de Pío XI el brillante Cardenal italiano se convierte en el mentor del Concordato con Hitler. A pesar del apoyo sólido en la documentación con que acredita cada paso, es en nuestra opinión excesiva su tesis de que Pacelli contribuye a la llegada de Hitler al poder, argumentando que con su concepción piramidal de la Iglesia frenó la autonomía de los obispos alemanes y debilitó el partido del Zentrum, lo que facilitó el ascenso raudo de los nazis<sup>32</sup>. Tras la conversión de Hitler en canciller y fñhrer, la firma del Concordato derivó en la práctica en el asedio de los católicos, la disolución de sus asociaciones y la persecución

---

<sup>30</sup> Blet, *op. cit.*, pp. 95-96.

<sup>31</sup> *Ibidem*, pp. 203-206.

<sup>32</sup> Cornwell, *op. cit.*, p. 168 y ss.

de los judíos convertidos. Las protestas de varios obispos germanos de actitudes diferentes ante el régimen nazi, entre otros Bertram (Breslau) y Faulhaber (Munich), fueron acalladas por Pacelli, silencio que se mantuvo en incidentes tan graves como la «noche de los cuchillos largos», un asesinato masivo dirigido desde el poder en la pugna por la hegemonía dentro de los grupos nazis.

Con respecto al atroz régimen católico de Croacia, las conclusiones de Cornwell resultan tan categóricas como las de Falconi. Las «medidas racistas y antisemitas eran por tanto conocidas también por la Santa Sede y por Pacelli cuando felicitó a Pavelic en el Vaticano»<sup>33</sup>, anota el autor. El arzobispo de Zagreb, Alojzije Stepinac, se mostró de acuerdo con los objetivos generales del nuevo estado croata. En marzo de 1942, poco después de la Conferencia de Wandsee, el Congreso Mundial judío y la comunidad israelita suiza pidieron la intervención de la Santa Sede para frenar las persecuciones de los judíos en varios países, entre ellos Eslovaquia, Hungría y Croacia, los tres donde la diplomacia pontificia podía influir decisivamente. El documento, cuyo manuscrito se guarda en los Archivos sionistas de Jerusalén, fue publicado por Friedländer, pero excluido de los volúmenes sobre la guerra editados por el Vaticano. Por esas fechas el cardenal Tisserant, hombre de confianza de Pío XII, reconocía que los franciscanos habían participado en la persecución de la población ortodoxa y el incendio de sus iglesias en Banja Luka, lo que lamentaba, a pesar de lo cual Pacelli en ningún momento retiró su benevolencia hacia los líderes del régimen de Pavelic, porque por encima de estos trastornos colocaba la amenaza bolchevique, «nadie quiere reconocer al único, real y verdadero enemigo de Europa; no se ha iniciado una auténtica cruzada militar común contra el bolchevismo», dice en una de sus cartas<sup>34</sup>.

Para demostrar el silencio de Pacelli ante el holocausto Cornwell insiste en lo ya conocido, las noticias (Osborne, «Daily Telegraph», Myron Taylor), pero sus conclusiones son más severas que las de Falconi, porque atribuye la posición papal a un antisemitismo compartido:

«Desde ese punto de vista era el Papa ideal para el indecible plan de Hitler. Era el peón de Hitler. Era el Papa de Hitler»<sup>35</sup>.

En la controversia que comentamos ningún autor había osado llegar tan lejos. Esta profesión de antisemitismo se completó con la política adoptada

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 281.

<sup>34</sup> *Ibidem*, pp. 290-291.

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 330.

con respecto a los judíos de Roma. Al iniciar los nazis la deportación Von Weizsäcker solicitó la intervención vaticana, topándose con la reticencia de Maglione. Del tren que partió de la estación Tiburtina de Roma el 18 de octubre de 1943 atestado de judíos se recibieron noticias en cada etapa del camino, que hablaban de la penosa situación de los prisioneros hacinados. En ese momento la mente de Pacelli se ocupaba ante todo de la posibilidad de un alzamiento comunista en Roma.

La obra de Cornwell, tan documentada y tan discutible a un tiempo, previsiblemente elevará la temperatura del debate. Aún reconociendo la importancia de su aportación a la controversia en torno a Pío XII, nos vemos obligados a apuntar varias observaciones críticas. El pretendido antisetimismo de Pacelli quizás no respondía a un criterio personal sino al punto de vista secular de la Iglesia, hasta el Concilio Vaticano II, sobre los judíos. Que la concepción pacelliana de una Iglesia jerárquica, autoritaria, piramidal, sintonizase con las dictaduras y totalitarismos que fustigaron la Europa de los años treinta y cuarenta, exigiría un estudio de modelos comparados que el autor católico británico no afronta. Las responsabilidades de Pacelli en el ascenso de Hitler no aparecen citadas en la historiografía sobre el nazismo, por ejemplo en el minucioso estudio de Kershaw<sup>36</sup>. Que los católicos hubieran podido frenar a Hitler de no haber sujetado la brida el Vaticano no figura en los estudios que se han consagrado a las Iglesias y el nazismo<sup>37</sup>, porque en principio disponían de mayor peso social las iglesias protestantes y no han recibido ninguna acusación tan directa de esta naturaleza. A pesar de que este libro de título escandaloso se deje arrastrar por el vértigo de una documentación comprometedora, que exige una cautela extrema en la lectura, sus aportaciones menos convulsas refuerzan las tesis de la historiografía crítica hacia el Papa Pacelli. Los silencios pudieron responder a prudencia o a criterios ideológicos, pero lo indiscutible es que existieron, y no contribuyen a dignificar la memoria del Papa las afirmaciones, inspiradas por una apologética que raya en la propaganda, de que habló e hizo gestiones heroicas. La ambigüedad de los documentos vaticanos facilita munición a todos; es lo que ocurre con el Mensaje de Navidad de 1942, para Blet prueba de que el Pontífice denunció

---

<sup>36</sup> Kershaw, Ian: «Hitler». 1889-1936. Barcelona, Península, 1999; y «Hitler». Madrid, Biblioteca Nueva, 2000. La misma ausencia de referencias al factor papal, en el excelente análisis sobre los procesos que contribuyeron a la toma del poder por los nazis, en Bracher, K. L.: «La dictadura alemana». Génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo. Madrid, Alianza Universidad, 1973. 2 vols.

<sup>37</sup> V. número monográfico «Sur les églises pendant la guerre», «Revue d'histoire de la deuxième guerre mondiale», n.º 128 (octubre de 1982). Y «Eglises et chrétiens dans la deuxième guerre mondiale: la France» (Dir. Montclos, X. de; Louirard, M.; Delpech, F.; Bolle, P.). Actas del Colloquio de Lyon (enero de 1978). Presses Universitaires de Lyon, 1982.

los crímenes, para Cornwell un texto que demuestra su silencio, disimulado con alusiones crípticas.

En todo caso es perceptible la asimetría con que contempló Pío XII el mundo turbado de los años cuarenta. Porque después de haber frenado a los obispos alemanes en la posición de resistencia a Hitler y haber estimulado la postura de colaboración de Stepinac con los ustashis croatas, esperaba de Mindszenty el martirio para hacer frente al avance del comunismo en Hungría. Para Annie Lacroix-Riz esta asimetría respondió a una constante de la política exterior del Vaticano, que mostró sus simpatías por Alemania en la primera guerra mundial y que se agudizó al acceder el germanófilo Pacelli a la Secretaría de Estado y posteriormente al solio pontificio. Su conclusión anticipa por su severidad la de Cornwell:

«Dudamos que Pacelli haya experimentado compasión por los judíos. Demasiadas pruebas de antisemitismo jalonan su carrera (...) compartía con sus íntimos alemanes un odio visceral hacia los judíos siempre asimilados al judeo-bolchevismo»<sup>38</sup>.

El tema está abierto, sin embargo algunos postulados sobre el mismo muestran cierta solidez. La germanofilia de Pacelli pudo influir en sus actitudes. Rita Thalman ha hablado de «la tragedia no solamente de un hombre sino de un catolicismo prisionero de la ideología conservadora a punto de olvidar los principios del Evangelio y capitular ante el fascismo». Más activa y humanitaria fue la posición de la Iglesia en las naciones donde los Nuncios actuaron sin atenerse a las instrucciones del Vaticano, como ocurrió con Bernardini en Suíza, Rotta en Hungría y el humanísimo Roncalli, futuro Juan XXIII, en Turquía. El silencio y la asimetría forjaron una combinación explosiva. Porque Pío XII, mientras rehusó condenar el nazismo por miedo a incrementar los horrores de la guerra, se movilizó al final de la contienda para evitar que los soldados alemanes prisioneros fueran deportados a Rusia. Era lógica la queja de Osborne a Montini en noviembre de 1944 al expresarle su extrañeza de que el Santo Padre deplorara los pillajes de la soldadesca soviética cuando nunca había comentado en público las exacciones de la Wehrmacht nazi.

Al examinar el comportamiento de Pío XII ante el régimen genocida croata, Falconi, apoyándose únicamente en la documentación de procedencia croata, y con especial atención en los informes transmitidos a Zagreb por sus dos representantes oficiosos, el doctor Rosinovic y el príncipe Lobkowitz, afirmaba:

---

<sup>38</sup> Lacroix-Riz, *op. cit.*, p. 509.

«Naturalmente, también en este caso la única respuesta concluyente y decisiva puedan darla sólo los Archivos secretos vaticanos»<sup>39</sup>.

Esta previsión ha sido cumplida por Cornwell. Si sus conclusiones resultan descompensadas sólo se podrá probar con una política abierta por parte del Vaticano, que ponga a disposición de los investigadores toda la documentación relativa a Pío XII, sin recelo a que los meandros de la investigación puedan afectar al proceso de beatificación de esta figura emblemática, porque las instituciones se aferran a sus iconos, pero por encima de esta tradición interesada la verdad reclama su lugar entre los valores que informan la comunidad humana. Algunos hombres de Iglesia así lo han solicitado. El 8 de marzo de 1964, en la iglesia de San Miguel de Munich, desde el mismo púlpito en el que el cardenal Faulhaber había fustigado la ideología nazi, su sucesor, el cardenal Julius Döpfner, coordinador y figura destacada del Concilio Vaticano II, en un sermón conmemorativo de Pío XII reconoció:

«El juicio retrospectivo de la Historia autoriza perfectamente la opinión de que Pío XII debió protestar con mayor firmeza».

Un Pontífice eminente en muchos terrenos, que habló incansablemente sobre todos los temas, guardó silencio ante el mayor drama de su época. Es un enigma sobre el que quizás no se ha escrito todavía la última palabra, pero los legajos que cada investigador desata arrojan sombras cada vez más densas no sólo sobre la actitud sino también sobre la ideología del papa Pacelli.

---

<sup>39</sup> Falconi, *op. cit.*, p. 362.